

Expreso, 13 de marzo de 1996.

EL MISTERIO DE LA CAJA NEGRA QUE NO ES NEGRA NI ES CAJA

Por Alfonso Baella Tuesta

En el mundo político las palabras tienen un significado que nada tiene que hacer con el Diccionario de la Lengua. Así ha sido siempre. Buenos peruanos son los que aplauden al gobierno; malos peruanos son los que despotrican del gobierno.

Investigar, para el oficialista, es sinónimo de sabotear al gobierno, y por lo tanto un patriota tiene que oponerse a toda investigación. En cambio, para un opositor, investigar es moralizar, es decir, desprestigiar al gobierno echando barro con ventilador.

Como la política es una rueda, donde unas veces se está arriba y otras abajo, partidos como el Apra, AP, PPC, PC y los velasquistas han saboreado la miel de investigar y han paladeado el acíbar de ser investigados. A todos les llega el turno.

El desastre del avión Faucett debe ser investigado, principalmente por el Estado peruano. Así nomás no pueden morir 123 personas, de varias nacionalidades, viajando en un avión que está en el aire con una licencia que garantiza su óptimo estado, que pertenece a una compañía peruana, que utiliza aeropuertos que cuentan con el personal y los equipos cuya idoneidad vigila el Estado y que vuela con una tripulación probadamente capaz.

No es suficiente decir que se están practicando las investigaciones del caso. Cada vez que hay un accidente leemos esta frase ritual. Pero nunca, que se sepa, conocemos a un bípedo culpable del desastre. A sotto voce se le echa la culpa al piloto, si ha fallecido. Y si se salvó, pues a callar se ha dicho.

En la Comisión de Turismo y Transportes del Congreso de la República, a la cual pertenezco, por la gracia de Dios, se dio lectura a una moción de parlamentarios de la oposición ("malos peruanos") pidiendo el nombramiento de una comisión investigadora del desastre.

Al abrirse el debate, pedí que se investigara pero precisando, antes, qué, quiénes y cómo se investigaría para evitar que se convierta en una barrabasada de los malos peruanos. Al revés, esta investigación, por su seriedad, utilidad y

rapidez, debería ser un hecho que honraría al Congreso, tan necesitado de actos que mejoren su alicaído prestigio.

¿Podemos investigar las causas del desastre? No. El asunto, en su aspecto penal, está a cargo de la Policía y del Juez Instructor. Estos dirán si hay algo delictuoso de por medio. Son las autoridades de aeronáutica las que señalarán si el avión tenía o no alguna deficiencia. Las cosas se han complicado para todos porque resulta que la caja negra, donde se registran los últimos sucesos del avión, está inservible. Está rota. No revelará sus secretos. Ahora se sabe que la caja no es negra sino rosada; no es cuadrada sino poliforma, según sea manipulada. Era una caja parecida a la Caja de Pandora, de la cual, según la mitología, escaparon huracanes de escándalos.

Volvamos al debate en mi comisión. Los congresistas investigarían, según mi pedido, el estado en que se encuentran las instalaciones en tierra que sirven para asegurar un excelente servicio aéreo; la forma como las compañías de aviación, nacionales y extranjeras, garantizan la vida y seguridad de sus pasajeros; el mantenimiento de las aeronaves; las precauciones con respecto de la capacidad física y psíquica de sus pilotos y, en fin, todo lo que no sea interferir con la Policía y los jueces.

En cuanto a quiénes deben investigar, dije que deberían ser parlamentarios que no tuviesen vinculación alguna con las compañías de aviación, con las compañías de turismo y ni relaciones de amistad o parentesco ni compromisos políticos ni cualquier forma de dependencia con quienes administran los servicios públicos que tienen que ver con la aviación. No deberían investigar tampoco quienes hubiesen adelantado opiniones en torno a las causas o a los responsables del accidente, o fuesen parientes de las víctimas.

Finalmente, en cuanto al procedimiento de la investigación, sugerí que se debería poner un plazo no mayor de 30 días para concluir la encuesta, que los investigadores se abstuvieran de proporcionar informaciones durante el proceso de la investigación. Esto último para que la investigación no se transformara en un debate permanente entre los buenos y los malos peruanos.

Mi proposición no mereció el respaldo ni de oficialistas ni de la oposición. Me quedé solo, en el limbo.

Todos estuvieron de acuerdo en que era mejor invitar al ministro de Transportes y a los funcionarios subalternos para que nos digan qué pasó; quienes nos invitarían, además, a visitar las instalaciones de Corpac.

El diálogo se prolongó a lo largo de tres horas, con la presencia de decenas de periodistas, camarógrafos y fotógrafos.

Por la poca importancia de mi planteamiento, sin duda, los medios capitalinos no dijeron ni pío de este debate. Ni una línea escrita ni un segundo en el aire. No ocurrió lo mismo con el diario Correo de Piura, que sí ha publicado una reseña que demuestra que realmente existió mi singular proposición. Sólo contó con mi respaldo, pero ocurrió. Algo es algo.